
Los restos de un futuro que vuelve

Reseña sobre *Literal* y *Los Libros*

Diego Peller

Literal. Edición facsimilar. (2011) Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, Colección Reediciones y Antologías. 520 pp. ISBN: 978-987174109-0

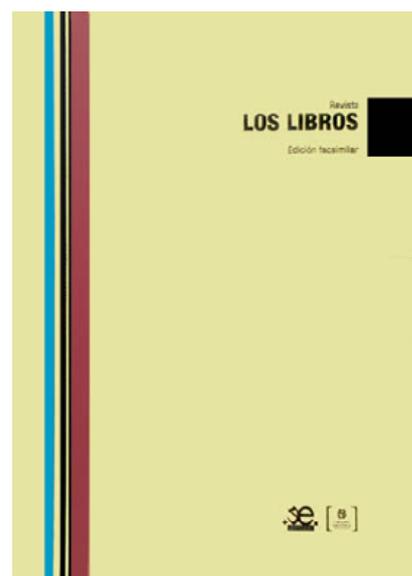
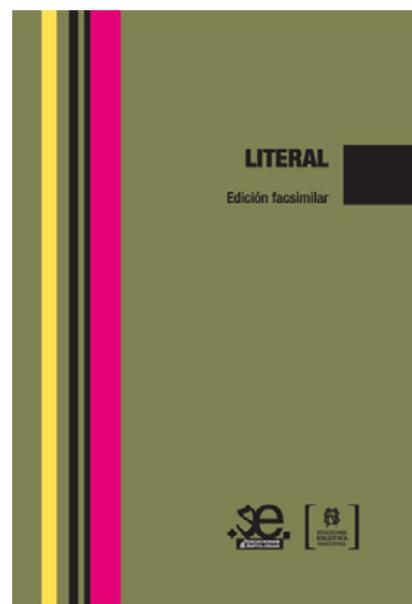
Los Libros. Edición facsimilar en 4 volúmenes. (2011) Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, Colección Reediciones y Antologías. 1700 pp. ISBN: 978-987174124-3

La publicación conjunta, a cargo de la Biblioteca Nacional, de las ediciones facsimilares de *Literal* y *Los Libros*, dos revistas clave para pensar la cultura argentina de la década del 70, no constituye un hecho aislado, o un feliz pero azaroso acierto, sino que se inscribe claramente en el marco de la política editorial que este organismo público ha venido sosteniendo desde que asumió su dirección en 2005 el sociólogo y ensayista Horario González. Esta política parece perseguir un doble objetivo, o más precisamente un único objetivo pero que se jugaría siempre y necesariamente en dos tiempos, dos frentes, dos tableros, según una nueva inflexión de aquella “mirada estrábica” que David Viñas señaló con respecto a Mármol a partir de una célebre sentencia de Esteban Echeverría,¹ y luego Beatriz Sarlo, desde las páginas de *Punto de Vista*, con respecto al mismo Viñas.² En este caso el estrabismo no sería tanto espacial (“tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad”) como temporal:³ por un lado,

1. Viñas, David. “Mármol: los dos ojos del romanticismo”, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires: Jorge Álvarez, 1964.

2. Sarlo, Beatriz. “Los dos ojos de Contorno”. *Punto de Vista*, n.º 13, noviembre de 1981.

3. Judith Podlubne ya había hecho notar –en un trabajo en el que contraponía las concepciones de la crítica de Beatriz Sarlo y de Horacio González como dos paradigmas antagónicos en la década del 90– que el ensayo crítico tal como lo concebía González suponía esta doble apuesta (a favor de lo “anacrónico” e “inactual” por un lado y de lo “hiperactual” e “inmediato” por el otro) según la cual la crítica no debía guardar con su época “una cómoda relación de adecuación”. Véase Podlubne, J., “Beatriz Sarlo/Horacio González: Perspectivas de la



una voluntad de intervención si se quiere más “directa” en el presente, que se manifestaría en primer término en el relanzamiento de la revista *La Biblioteca*, cuyo número más reciente (n.º 11, primavera 2011) tiene como tema justamente *El presente como historia 2001-2011*;⁴ por el otro un gesto de recuperación selectiva de algunos textos del pasado a los que se les reconoce (o de los que se presupone, o se espera) una capacidad singular para “interpelarnos en nuestra existencia común”, para hacernos “repensar nuestra incierta experiencia contemporánea”, según palabras de González al presentar esta colección.

No resulta tampoco azaroso que la revista *Contorno* (1953-1959) haya sido elegida para inaugurar esta colección de *Reediciones y Antologías* en 2007. Efectivamente, en dicha elección se dejan leer ya una serie de criterios que habrían de orientar las posteriores publicaciones: 1) que se trate de una revista; 2) que corresponda al período que va, a grandes rasgos, desde fines del peronismo clásico hasta la última dictadura militar; 3) que en sus páginas haya sido central “la cuestión literario-política del país”, como señala González en su prólogo a la edición. En estos tres criterios se enlaza una preocupación compartida por los modos variables en los que lenguajes y experiencias singulares –y a veces precarias– procuran interrogarse (e interrogar a la ciudad) acerca de la vida en común. Pero si es cierto, conociendo la fuerte adscripción política de Horacio González y la política editorial de la Biblioteca bajo su dirección, que reediciones como las de la revista *Envido* (1970-1973) o del número especial 420-421 (julio-agosto de 1981) de la revista francesa *Les Temps Modernes*, titulado *Argentina entre Populismo y Militarismo* y coordinado por David Viñas y César Fernández Moreno, resultan en un punto más previsible o esperables, también lo es que la publicación, en la misma colección, de revistas como *Literal* o *Los Libros*, las que tuvieron con relación a su época un protagonismo no menos marcado que las anteriores, pero desde una colocación política por completo diferente, nos habla de la amplitud de criterios y la falta de mezquindades con las que es entendida esta selección.

El periplo emblemático de *Los Libros*

Esta edición facsimilar de *Los Libros* (1969-1975) vuelve a poner a disposición de investigadores y lectores en general una revista que ocupó un lugar central en los debates sobre nuevas prácticas y teorías críticas a fines de los sesenta y durante la primera mitad de los años setenta, y cuya influencia se extiende aun más en la medida en que es posible establecer una evidente continuidad entre esta publicación y su heredera directa *Punto de Vista* (1978-2008). *Los Libros* se constituyó desde el vamos como un espacio heterogéneo, fracturado por una tensión interna entre aquellos que defendían la especificidad y profesionalización

crítica cultural”, en Giordano, Alberto y María Celia Vázquez (comps.), *Las operaciones de la crítica*, Rosario: Beatriz Viterbo, 1998, pp. 67-78.

4. Cada número de la revista *La Biblioteca*, relanzada en 2004, presenta un tema en torno al cual giran todas las contribuciones. Estos han sido: *El archivo como enigma de la historia* (n.º 1, 2004); *¿Existe la filosofía argentina?* (n.º 2-3, 2005); *La crítica literaria en Argentina* (n.º 4-5, 2006); *Lectura y tecnología* (n.º 6, 2007); *Ciudad y cultura* (n.º 7, 2008); *La expresión americana* (n.º 8, 2009); *Bitácora de un país* (n.º 9-10, 2010). Esta organización temática, los temas elegidos, e incluso su formulación como interrogante en algunos casos, recuerda sin dudas a la revista *El ojo mocho*, en la que González desempeñó un papel central. Los primeros diez números de dicha revista tuvieron los siguientes ejes temáticos: *¿Fracasaron las ciencias sociales?* (1); *¿Se acabó la crítica cultural?* (2); *¿Qué significa discutir?* (3); *¿Se puede salvar la teoría?* (4); *¿A qué llamamos política?* (5); *Vida, locura y muerte en Buenos Aires* (6); *Modos de la memoria* (7-8); *Literaturas políticas* (9-10).

de la crítica y aquellos que se inclinaban por una “represión de lo específico” en pos de una creciente politización.⁵ Este periplo, emblemático de aquellos años, se puede leer en las sucesivas mutaciones que sufrió el subtítulo-consigna de la revista, así como en los cambios en su dirección. *Los Libros* comienza a salir en julio de 1969 en formato tabloide, tapa a color y frecuencia mensual, bajo la dirección de Héctor “Toto” Schmucler. Su subtítulo es “Un mes de publicaciones en Argentina y el mundo”, y se presenta como una revista de reseñas sobre las novedades del mundo editorial. El proyecto original de *Los Libros* fue delimitado con precisión en la nota editorial del primer número, que llevaba por título “La creación de un espacio”. Allí se afirmaba: “Se trata, pues, de crear un espacio que en el caso de *Los Libros* tiene un terreno preciso: la crítica [...] *Los Libros* no es una revista literaria, entre otras cosas porque condena la literatura en el papel de ilusionista que tantas veces se le asignara. La revista habla del libro, y la crítica que se propone está destinada a desacralizarlo”.

A partir del número 8 se produce el primer cambio, fruto de una *latinoamericanización* que reflejaba una toma de posición ideológica, y al mismo tiempo era parte de un ambicioso proyecto editorial. La revista cambia entonces su lema por “Un mes de publicaciones en América Latina” y, aunque mantiene a grandes rasgos las características previas, comienza a dedicar más espacio en sus páginas a la situación política en Argentina y Latinoamérica. Pero, a medida que las cuestiones más urgentemente políticas adquieran mayor importancia en la revista, se formulará la necesidad de ampliar un objeto vivido como insuficiente. La revista se plantea entonces como programa una extensión hacia otros objetos culturales. Beatriz Sarlo, figura clave en este giro, declaraba por esos mismos años en la revista *Latinoamericana*: “Una crítica cuyo punto de vista se reconozca dentro de una práctica política revolucionaria no puede [...] sino privilegiar como objeto los medios masivos de comunicación”.

En el número 21 (agosto de 1971) *Los Libros* anuncia el comienzo de una “nueva etapa”, y a partir del número 22 “Para una crítica política de la cultura” pasa a ser su consigna programática. A este cambio se siguen otros que van en la misma dirección: a partir del número 23 la tapa se imprime en blanco y negro, y si bien Héctor Schmucler continúa como Director Responsable, se crea un Consejo de Dirección integrado en un primer momento por Carlos Altamirano y Ricardo Piglia (además del mismo Schmucler) y al que luego, a partir del número 25 (marzo de 1972), se suman Miriam Chorne, Germán García y Beatriz Sarlo Sabajanes. El número 29 (marzo-abril de 1973) marca la consumación de este viraje hacia la política en su sentido más inmediato: Héctor Schmucler se aleja definitivamente de la revista, que pasa a publicarse en formato reducido y con frecuencia bimensual. La publicación queda a cargo de un Consejo de Dirección integrado por Altamirano, Piglia y Sarlo, y pierde por completo su carácter de “revista de libros” para orientarse hacia artículos más extensos sobre la actualidad política y cultural, en una línea de izquierda revolucionaria identificada con el maoísmo.

5. Sigo en esta caracterización de *Los Libros* el agudo análisis formulado por Jorge Panesi en su ensayo “La crítica argentina y el discurso de la dependencia”, en *Críticas*, Buenos Aires: Norma, 2000, pp. 17-48. Otros trabajos fundamentales sobre esta revista son el de José Luis de Diego en su libro *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?* La Plata: Ediciones Al Margen, 2003, pp. 85-104; y el de Miguel Dalmaroni, “La injuria ‘populista’ (episodios literarios de un combate político)”, en *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina (1960-2002)*, Santiago de Chile: RIL editores, 2004, pp. 13-48.

Ya cerca del fin de su historia, se produce el último cambio significativo: a partir del número 40 (marzo-abril del 75) Piglia se aleja de la revista debido a discrepancias políticas con los otros dos miembros del Consejo de Dirección (“El eje de nuestra discrepancia –así lo afirmaba Piglia en su carta de renuncia– es la evaluación del gobierno de Isabel Perón”), a partir del número 41 y hasta su último ejemplar (44, enero-febrero del 76) *Los Libros* tendrá por subtítulo directamente “Una política en la cultura”.

La flexión *Literal*

Los Libros, por su carácter programático y por su duración se inscribe –aunque con diferencias evidentes– en una tradición de revistas argentinas de “largo aliento” como *Sur* y *Punto de Vista*.

Literal, por el contrario, como ha señalado el crítico Alberto Giordano, se destaca en la historia de las revistas argentinas por su singular intensidad⁶ y (como correspondía a su carácter vanguardista y contestatario) tuvo una existencia efímera, signada por múltiples controversias y fracturas internas. Solo se publicaron tres volúmenes, dos de ellos dobles, en un lapso de apenas cuatro años: *Literal 1* (noviembre de 1973), *Literal 2/3* (mayo de 1975) y *Literal 4/5* (noviembre de 1977). El primer volumen contaba con un Comité de Redacción integrado por Germán Leopoldo García, Luis Gusmán, Osvaldo Lamborghini y Lorenzo Quinteros, y colaboraron en el número Josefina Ludmer, Jorge Quiroga y Oscar Steimberg, entre otros. La mañana del 27 de octubre de 1973, día en que la revista salió a la venta, las calles del centro de Buenos Aires amanecieron empapeladas con un afiche que proclamaba “LITERAL N° 1: UNA INTRIGA” y que resumía, en 8 puntos encabezados por un enfático “Porque” las razones de su aparición.⁷

La revista conjugaba tres rasgos notables que quedarían ligados de manera indeleble a su imagen de “revista de culto”: 1) Su particularidad más llamativa era que gran parte de los textos eran anónimos, un gesto que reconocía inspiración directa en la revista *Scilicet* de Jacques Lacan, aunque no sería imposible trazarle una genealogía lejana y seguramente des-

6. “Hay revistas cuya importancia se mide en términos de extensión: cantidad de años durante los cuales aparecieron, cantidad de números editados durante esos años, cantidad de efectos producidos en el transcurso de su publicación sobre los campos culturales a los que pertenecen. Hay otras revistas en cambio que se nos imponen como objeto de estudio en tanto las evaluamos en términos de intensidad. [...] La revista *Literal*, de la que sólo aparecieron cinco números en tres volúmenes, con una periodicidad errática, es una de esas rarezas”. La cita pertenece al ensayo de Alberto Giordano “*Literal y El frasquito: las contradicciones de la vanguardia*”, en *Razones de la crítica. Sobre literatura, ética y política*, Buenos Aires: Colihue, 1999, pp. 59-89, una de las primeras y más atentas lecturas de la revista. Es de mención ineludible también la selección de textos de *Literal* publicada por la editorial Santiago Arcos en 2002, bajo el cuidado y con prólogo de Héctor Libertella. Entre las lecturas más recientes de la revista se encuentran *Literal: La vanguardia intrigante*, de Ariel Idez (Buenos Aires: Prometeo, 2010); un capítulo de *La conspiración de las formas*, de Maximiliano Crespi (La Plata: Unipe, 2011) y el prólogo de Juan Mendoza a la edición facsimilar que aquí se reseña.

7. A continuación se transcriben solo dos de esos puntos: “4. **Porque** no hay propiedad privada del lenguaje, es literatura aquello que un pueblo quiere gozar y producir como literatura. La insistencia en ciertos juegos de palabras es literatura, como lo comprende cualquiera que sepa escuchar un chiste”; “8. **Porque** no se sabe qué sería la literatura si no fuese lo que actualmente es, aparece LITERAL. Contra los límites de la ‘literatura’, por una palabra que se enuncia en su práctica, sin alucinar la vida”. (Los resaltados pertenecen al original. El texto completo del afiche se reproduce tanto en la compilación de Héctor Libertella como en la edición facsimilar de la Biblioteca Nacional.)

conocida para sus agentes en la revista de los románticos de Jena *Athenaeum* (1798-1800); 2) *Literal* transgredía la “ley del género” que ordena “no mezclar” literatura, teoría y crítica: en sus páginas, como se afirmaba en uno de sus textos, “el texto teórico podrá ser portador de la ficción, y la reflexión semiótica tejerá la trama de poema”; 3) Ese injerto discursivo entre teoría y ficción presentaba un sesgo singular o –en palabras de Héctor Libertella– “una novedad perversa: el lento destilado del psicoanálisis en la literatura, que unos años antes, de la mano de Oscar Masotta, producía la hibridez de un cruce entre el inconsciente y la letra”⁸.

El volumen 2/3 conservaba el formato y las características del primero, y en el ahora denominado Consejo de Redacción continuaban García, Gusmán y Lamborghini, pero Jorge Quiroga reemplazaba a Lorenzo Quinteros. Entre los colaboradores se destacaban Oscar del Barco, Héctor Libertella y Edgardo Russo. El último ejemplar introducía una serie de cambios sustanciales, que implicaban un visible desvío con respecto al “proyecto original” de la revista. El más significativo era la ausencia de Osvaldo Lamborghini, acaso la voz más singular del “trío fundacional”. *Literal* tenía ahora un Director (Germán García), cargo impensable en el contexto de los números anteriores. Bajo la categoría de Construcción se mencionaba nuevamente a García, junto a Gusmán. Colaboraban en el número Oscar Masotta, Luis Thonis, Oscar Steimberg y Cristina Forero (quien luego adquiriría notoriedad con el seudónimo de María Moreno). Como signo más evidente de un cambio de aires en *Literal*, casi todos los textos que integraban el último número aparecían firmados, salvo unos pocos ensayos que funcionaban como editoriales.

Los 70 en sus revistas

Germán García, quien integró la dirección ambas revistas (si bien durante un breve lapso en el caso de *Los Libros*) recordaba en los siguientes términos su desplazamiento de una a la otra: “Cuando *Los Libros*, según me pareció, dejaba su política de mantener ‘la autonomía relativa del campo cultural’, decidí hacer *Literal*”⁹. En la anécdota se traza con claridad la tensión entre los procesos de modernización cultural y correlativa autonomización disciplinaria, por un lado, y la tendencia hacia una politización creciente, que entraron en conflicto y supieron definir el mapa y los dilemas de esa época. Dilemas que resuenan en las páginas de estas reediciones con una cierta dimensión trágica que todavía hoy nos interpela. •

8. Libertella, H., “La propuesta y sus extremos”, en *Literal 1973-1977*, Buenos Aires: Santiago Arcos, 2002, pp. 5-9.

9. Germán García, *Fuego amigo*, Buenos Aires: Grama, 2005, p. 9.

Diego Peller

Diego Peller (Buenos Aires, 1975). Licenciado en Letras (UBA). Fue docente en la cátedra de Literatura del Siglo XIX, y actualmente lo es en Teoría y Análisis Literario C de la misma institución. Ha recibido becas de la UBA, el Conicet y la Comisión Fulbright, y publicado artículos en diversos medios culturales y académicos. En 2010 prologó la reedición de *Conciencia y estructura*, de Oscar Masotta. Acaba de terminar su tesis de doctorado sobre la crítica literaria argentina de los años 70. •